

## Cosa de mujeres

Paulina Matta

Hace muchos años atrás, cuando no hacía mucho que había cumplido los treinta y tenía dos hijos pequeñitos, me cayó un día de golpe en la cabeza este asunto del "género", y la vida no volvió a ser nunca igual, para mal de mis pecados. Hermosa frase "para mal de mis pecados", como las que usaba mi abuela María y que, si uno las piensa, maldito el significado que tienen, pero, ¡cómo servían para aseverar el mundo!

Pero yo hablaba de mi encuentro con *el género*.

Fue una mañana, en la galería de mi casa en Valparaíso, desde donde se divisaba el cerro Esperanza trepando hacia el oriente y la quebrada que lo divide de Recreo, donde acaba Viña y empieza el puerto y por donde sube a gritos el viento los días de temporal. Creo que había sol, pero no estoy segura. Sí recuerdo con certeza que era temprano, que yo usaba una horrible bata rosada de nylon, de esas corrientes en ese tiempo en que no habíamos descubierto que la única elegancia era la del algodón y la lana, la seda y el lino para las que pueden. Venía de preparar las mamaderas de mis hijos, así con mi horrible bata rosada, y allí parada, frente al ventanal de la galería y el bello Valparaíso, mi marido me dijo --ya no recuerdo sus palabras exactas-- me dijo que, con lo inteligente que yo era, por qué no me dedicaba a algo más que a las mamaderas, algo donde de verdad pudiera desarrollarme. . . o algo así. Es como hoy interpreto la buena voluntad de sus palabras. En ese tiempo, y confieso que hasta hace muy poco, entendí que me decía que hiciera algo que valiera la pena, no andar entre ollas y pañales como una tonta latosa. El salió de la casa, y lo siguiente que recuerdo es yo llorando a mares en mi bata rosada, llorando sin consuelo, como también decía mi abuela María y mi mamá y ahora digo yo. Es que me gustaba tanto ser mamá, y de un *zuácate* (busco *zuácate*, o *suácate*, en el diccionario. No existe. Pero sí dice que "zuaca" [chilenismo] es "un calzado más grande que el zueco". ¿*Zuácate* será entonces una patada en el trasero con un calzado más grande que un zueco?). Entonces, de una muy inmensa patada en el trasero me encontré con esto del *género*, que en ese entonces no se llamaba así, por supuesto, sino que andaba más bien por algo de las mujeres que sólo se preocupaban de las ollas y los pañales, y las que eran inteligentes. Yo era de las primeras. Durante muchos años me había levantado temprano en las mañanas, iba al mercado ("la cultura de la pobreza", que le dicen: uno compraba para el día) y me paseaba entre los canastos comparando frutas, verduras, pescados, carne. Esto era en Lima, donde uno no iba al mercado, sino a "la plaza". Cuando nació mi hija, iba con ella en su cochecito. Las mujeres de la plaza se hicieron entonces cargo de su alimentación. Que no le des papa blanca (trataban de tú, y uno les decía "mamitas"), la papa blanca es muy ligosa; tienes que darle papa amarilla, ésa es para las guaguas. Ya puedes empezar a darle camote. Toma, lleva pejerreyes, que la carne es suave para la bebé y es fácil sacarle todas las espinas. Y después quedé embarazada del hijo, y ellas controlaron mi embarazo. Que tienes que comer hígado, para fortalecer la sangre. Pero, mamita, no me gusta el hígado. Entonces betarraga, y espinacas. Estás pálida hoy. Come tunas, te harán bien para la náusea. Y yo volvía a la casa, que era en un cuarto piso sin ascensor, y la Estelita, que vivía al frente, iba ella o me mandaba a alguno de los niños para que me subieran el coche o los canastos. Si no estaba, los subía yo. Mi casa era linda, limpia como una patena (decía la abuela). Yo cocinaba, y me encantaba cocinar. Hervía toda la ropa de los niños, porque así lo hacía mi mamá. Me gustaba el olor de la lavaza hirviendo, y los pañales albos. Hacía sopas especiales para las guaguas, con posta y verduras que después pasaba por cedazo. Tenía una ollita chica para eso, que todavía tengo, aunque ya tan abollada que da pena mirarla. No había colados Nestlé ni pañales desechables, y no estoy segura de haberlos usado, de haberlos habido y tener yo cómo comprarlos. Y no era por la ecología, que en ese tiempo no existía ni la palabra, sino porque mi mamá decía lo que le había dicho su mamá, que a las guaguas había que darles buenas sopitas y que los pañales se lavaban con jabón en barra. Cuando los niños dormían, escribía cuentos en la mesa del comedor, en una vieja Underwood, y a veces dibujaba.

Era feliz.

Bueno, y después de llorar en Valparaíso en mi bata rosada, hice un currículum que presenté a un concurso en la universidad, y me transformé en ayudante de Literatura General, y después en instructora

de Teoría Literaria. Enseñaba literatura griega, y en esa época todos íbamos a ser estructuralistas. Ibamos a bares a tomar vino, arreglar el mundo y reírnos como locos, todos estructuralistas divertidos y un poco borrachos. Corregía 300 pruebas por semana y admiraba a todo el mundo. Cuando llegaba a la casa los niños estaban durmiendo hacía horas, pero tenía ya una buena nana. A veces llegaba a las tres, a veces a las siete de la mañana. Estudiaba como mala de la cabeza todo lo que los profesores que eran mis dueños decían que una buena ayudante tenía que saber. Todos despreciábamos un poco a las mujeres de olla y pañal.

Me divertía mucho.

Desde entonces, voluntariamente no he pasado un día sin hacer "trabajo remunerado". Me echaron de la universidad (el 73 y golpe de Estado y la Junta de Gobierno considera que usted no comparte los objetivos de esta casa de estudios, así es que ¡zuácate!), y busqué otras cosas. Hice clases en colegios hasta que el solo entrar en las salas me daba ganas de llorar a gritos. Ahora edito revistas como ésta, y los libros que escribe la gente que publica artículos en revistas como ésta. Disfruto mi trabajo --soy buena en él--, y estoy cierta de que, de todas maneras, habría elegido hacerlo. Además me encanta ganar mi propia plata. Y uso computador (ya ni recuerdo qué pasó con la Underwood).

Escribo cuentos sólo cuando estoy cesante y puedo volver a mi casa.

¿Es que acaso querías que te mantuvieran para tú escribir cuentos y hacer mamaderas y poner flores en la casa?, pregunta *el género* por ahí.

¡Qué caracho! Si yo mantenía la casa, y lavaba, y planchaba, y cocinaba, y administraba las cosas para que la vida pudiera seguir, y eso vale plata.

Ahora he leído y editado todos los artículos de este número de la revista, y todavía no sé de qué se trata el maldito *género*. A mí me gustaba conversar con la Sabina, que era una señora que iba una vez a la semana en Lima a ayudarme con el lavado cuando ya los pañales eran de dos guaguas y seguía hirviéndolos todos los días. La Sabina había tenido nueve hijos y ninguno se le había muerto. Sabía todo lo que hay que saber en el mundo sobre enfermedades de guaguas. Siempre el doctor Spock estaba de acuerdo con ella en todas las normas de crianza, así es que de a poco dejé de leerlo para consultarle a ella. Era más entretenido. Además la Sabina me contaba historias como esa de su abuela que, cuando estaba agonizando rodeada de toda la familia, de repente levantó la cabeza y les dijo "retírense, necesito espacio, porque me voy a morir". Y se murió.

Necesito espacio, porque si no me voy a morir. Igual que Freud, no sé qué quieren las mujeres. No sé qué queremos las mujeres. Ni siquiera sé si existe esto que llaman las mujeres, o la mujer, o los problemas del género. Todavía me encantan mis hijos, y cuando mi terapeuta (¡también tengo terapeuta ahora!) me dice que hable de mí, la mitad del tiempo hablo de ellos. El termina por enojarse, y casi llegué a convencerme de que tenía que aprender a "expresar mis propias necesidades" (él me miraba no más cuando lo decía, porque es un escéptico muy sabio), cuando de repente, haciendo cola en un banco y mirando a un señor de edad que hacía mil demandas, me di cuenta de que me carga la gente que anda poniendo sus necesidades en el centro de todo, y recordé que desde chica me gustó ser alguien que no pide nada y se las arregla sola. Era mi torre y mi castillo, mi foso defensivo, mi insignia de honor. No quiero aprender a hacer demandas. Me gusta andar callada por ahí, sin meterme mucho con nadie, mirando cosas. Y si me dan un poco de espacio, capaz que diga que tengo un enganche especial con las gallinas, que lo que me encanta es las gallinas cuando picotean el suelo haciendo ruiditos, rodeadas de sus pollos, y salen corriendo como aleladas si alguien se les acerca de golpe; y que la imagen de perfecta belleza que recuerdo en mi vida es una empleada gorda y morena que había en mi casa cuando era chica, con un pollito huacho y entumido entre sus inmensas y consoladoras pechugas. Y diría que me habría gustado tener muchos hijos, un montón de hijos, y escribir cuentos en la mesa del comedor, y cocinar, y tener una casa limpia como una patena. Como la abuela María. Como mi mamá. Ahora siento como que tengo que pedir perdón por eso.

Perdón por eso.